

Hombre y tiempo

La correlación *hombre-tiempo* no puede menos de ser tan problemática como los términos comparados. Las breves reflexiones que quisiera aportar parten de presupuestos, para mí básicos, del modo de entender al hombre y del modo de entender el tiempo; en parte bien logrados, y en parte enigmáticos.

El tema tiene dos aspectos: uno, principalmente enfocado ahora, es el directamente antropológico: ver cómo el tiempo define al hombre, o, al menos, cómo le afecta; otro aspecto es de visualización inversa: en qué sentido y medida el hombre define al tiempo, cómo humaniza al tiempo.

I

El hombre, ¿*ser esencialmente temporal, o solamente sujeto o afectado por el tiempo, de modo accidental, parcial y transitoriamente?* Para evitar problemas de terminología advertiré que entiendo el *tiempo* en su sentido más obvio y originario, que es el cronológico, integrado por la terna pasado-presente-futuro («evi-ternitas»); no en el sentido derivado climatológico o sociológico («buen tiempo»; «mejores tiempos»). Asimismo diré que tomo los adverbios «esencialmente» y «accidentalmente» en el sentido riguroso de la filosofía tomista.

La cuestión, que creo suficientemente clara en su planteamiento, podría formularse en formas más concretas y diferenciadas, por ejemplo: la constitución ontológica del hombre ¿es tan temporal que se puede definir metafísicamente como *duración*, como *futurición*, como residuo vital del *pasado*, o, más abstractamente, como *historia*?

A) Comenzando por lo más obvio, es claro que el tiempo define o delimita al hombre por el lado de su ontogénesis (*comienza* a existir en un momento dado), y, parcialmente al menos, por el término existencial que es la *muerte*. Mientras tanto su paso por la vida es intrínseca y necesariamente temporal, medible, en primer lugar, con el cronómetro extrínseco convencional, en relación con el movimiento planetario, uniforme y universalmente observable (sucesión de días y años), y, más personalmente, por

el proceso inmanente del propio organismo, que es reloj de nuestra existencia en esta vida, cuyas agujas no se mueven al ritmo precisamente del cronómetro común. En este primer plano es indudable que el hombre es un ser temporal, y lo es continua y necesariamente, como ser evolutivo o movedizo que es y circunscrito en un mundo movedizo, cuyos movimientos y quietudes, aceleraciones y retardaciones son mensurables en relación con el movimiento uniforme planetario. Necesariamente tenemos un pretérito, cuyo inicio no dependió de nosotros; necesariamente tendremos un fin biológico (*finis consumptionis*), y nuestro existir es una *duración* irreversible, en parte regulable a nuestro albedrío en cuanto a su contenido o vivencia humana.

En esto que acabo de decir no pretendo más que traducir una observación elemental, prefilosófica. La temporalidad afecta al hombre como a los demás seres corpóreos en un mundo en movimiento. De ahí que el ser «futurizo», como el ser movedizo, no se pueda considerar sin más como nota constitutiva específica del hombre (como alguien ha insinuado); es una nota inseparable de todo ser mundano. Sólo al estudiar el modo peculiar del existir o durar humano como recuerdo o resultado hereditario-personal del pasado y proyección calculada y responsable del futuro se humaniza o especifica; pero entonces no es el tiempo lo que especifica al hombre, sino el hombre quien especifica al tiempo.

El hombre de *ahora* se prolonga en las dos vertientes del *pasado* y del *futuro*. Como observaba recientemente Claudio Sánchez Albornoz, «es suicida por tanto para las comunidades históricas aferrarse a la perduración del hoy y más aún del ayer...; es tan suicida como querer prescindir de ese hoy y de ese ayer rompiendo con ellos en un salto revolucionario» (*El sentido de la historia universal*, en «Domingos de ABC», 9-XII-73, p. 15). Añadamos que *el pasado* cuenta en el presente y para el futuro no tanto como pasado o como recuerdo histórico, sino también y sobre todo en las obras objetivadas permanentes de cultura o civilización y en los hábitos y disposiciones psico-físicas, adquiridas personalmente o heredadas, del pasado que subyacen operantes en el presente y predisponen el futuro; e igualmente *el futuro* previsto o calculado es el principal condicionante («causa finalis, causa causarum») del obrar y hacer humanos. Con ello queda advertido que el realismo efectivo del tiempo se resuelve en sus contenidos o fundamentos.

B) En cuanto a la *intensidad* óptica con que el tiempo afecta o define al hombre es bien sabido cómo en la historia de la antropología filosófica se contrastan la concepción supratemporal de la esencia del hombre y la concepción movilita del hombre aprendido más indefinidamente como duración, devenir, historia, futurición, proyecto, conjunto relacional, etc.

a) En la antropología tomista, que es entitativo-operacional, en parte fixista y en mayor parte evolutiva, ontológicamente tradicional y progresiva, la temporalidad es una dimensión adjetiva, parcial y contingente del hombre esencialmente considerado.

1) *Adjetiva*, por el carácter movedizo, variable e impersonal que tiene

el tiempo respecto de lo peculiar del hombre: individualidad sustantiva (hipóstasis) racional y libre, sujeto de unos derechos inalienables, de personalidad propia incanjeable e intraductible, abocado a una duración supratemporal más allá de la muerte. Y esto aún en el supuesto admitido por mí de que la individualidad somática, temporalmente progresiva, afecte intrínsecamente a la esencia del alma, sin que ello suponga o lleve consigo cambio esencial en la misma (*Diferencia de las almas humanas a nivel sustancial en la antropología de S. Tomás*, en «Doctor communis» 24 (1971) 25-39). En esta concepción, por tanto, no se deberá decir que el hombre *es* tiempo, sino que *tiene* tiempo; no se deberá decir que el hombre *es* historia, sino que *tiene* historia, o es el *sujeto* de la historia.

2) *Parcial*, porque el devenir temporal, comúnmente cronometrable, no alcanza al hombre en su supervivencia espiritual póstuma; pero, además, el tiempo biológico como proceso evolutivo de la personalidad deja esencialmente inalterable a la persona, al espíritu del hombre; y apenas afecta a sus cualidades más íntimas o las afecta de un modo poco proporcional a la sucesión evolutiva del complejo humano. Piénsese en la persistencia de las facultades mentales («quod natura non dat Salmantica non praestat»), en la vigencia supratemporal de los primeros principios, en la universalidad espacio-temporal de los conceptos verdaderamente científicos, en «las verdades eternas».

3) *Contingente*, no sólo como el hombre es contingente respecto de Dios y del mundo que le precedió y le seguirá, sino respecto de su propio sujeto humano, cuyos momentos cronológicos y biológicos se suceden y pasan, mientras el «yo» permanece como hipóstasis y como espíritu o como sujeto pensante que emerge sobre el tiempo en cada uno de sus momentos, e incluso sobre el conjunto o suma de todos ellos al sobrepasarlos en un existir atemporal después de la muerte, cuando el hombre sea revestido de inmortalidad, como decía Pablo de Tarso (*I Cor.*, 15, 53). No obstante, esta contingencia temporal afecta, en diversidad de grados y de incidencias, a todo el obrar y hacer del hombre, en esta vida, incluso en las esferas más altas de la intelección y amor espiritual, en función de la dependencia de los sentidos internos (psico-físicos) sujetos de alteración y sucesión cronológicas.

b) Por tanto, si el hombre no es esencialmente tiempo, y menos esencialmente futurición, con menor razón se podrá decir que el tiempo es «la sustancia de su vida», como se ha afirmado no hace mucho en una *Antropología Metafísica*, pretendiendo apoyar la idea nada menos que en el término griego de persona, como si *prósopon* expresase el «carácter frontal de la persona» cara al futuro, cuando la verdad es que «prósopon» significó originariamente antifaz o careta para representar cosas pasadas. Tampoco es, ni individual ni colectivamente, historia, sino el único sujeto de la historia, como científica y bellamente exponía hace poco C. Sánchez Albornoz (*Art. cit.*, 2-XII-1973, p. 4).

II

COMO EL TIEMPO AFECTA AL HOMBRE

Si el hombre está sometido al tiempo, o más radicalmente, a la mutación que fundamenta al tiempo, en mayor proporción el tiempo, formalmente considerado como medida del movimiento, según la definición de Aristóteles (ὁ χρόνος, ἀριθμὸς κινήσεως κατὰ πρότερον καὶ ὕστερον, *IV Physic.*, c. 11), depende del hombre, que correlaciona y mide la sucesión del movimiento en relación con el movimiento uniforme planetario universalmente observable. Lo advertía expresamente Sto. Tomás: «Lo que en el tiempo es como material se funda en el movimiento, es decir, la anterioridad y la posteridad; pero lo que es formal se ultima en la operación medidora del alma; por lo cual dice Aristóteles en el libro IV de la Física que si no existiese el alma, no habría tiempo» (*I Sent.*, dist. 19, q. 2, a. 1). Bien entendido que la «anterioridad-posterioridad», el «secundum prius et posterius» de la definición aristotélica no se refiere a lo que es el tiempo mismo a definir, sino a la sucesión de situación o disposición; de lo contrario, la definición sería tautológica, como ya observó Sto. Tomás (*In IV Phys. lect.* 17, n. 580).

Depende, por tanto, del hombre toda la cronometría y toda la técnica de relojería para medir el tiempo, porque el tiempo, si bien se funda objetivamente en el movimiento del mundo exterior o de la propia actividad interior, formalmente en cuanto tiempo, en cuanto correlación de movimientos, sólo es formal y conscientemente perceptible por el hombre, ser racional y calculador, capaz de construir relojes, distinguir las épocas de la historia, establecer calendarios, de humanizar el tiempo en una palabra.

Finalmente, puede disponer de su tiempo futuro en proporción a su capacidad de condicionár la propia actividad y todo lo que dependa de ella: adquisición de estados orgánicos permanentes y transmisibles por herencia biológica, de hábitos mentales y afectivos, automatismos, creaciones sociales, culturales, que prefiguran humanamente el tiempo futuro personal y social, por vía de herencia, imitación, estímulo («Historia magistra vitae»). Además el futuro opera intencionalmente en el presente humano por vía de causalidad final.

En este sentido es fácil advertir la peculiar o específica correlación del hombre con el tiempo, pero en dirección inversa de la antropología temporalista: más hace el hombre al tiempo que el tiempo al hombre.

VICTORINO RODRIGUEZ, O.P.